



Inés de las Heras, 86 años.
Noelia Aragüete Gutiérrez, 21 años.

Un legado de alegría

Es cierto que la vida y la personalidad de cada uno viene marcada por quiénes y cómo fueron sus antepasados. Esta es la historia de una mujer, Inés de las Heras. En su feliz vida y en su memoria de ochenta y seis años, aún pervive la existencia de una mujer ejemplar. Ella es su madre Jacinta Sanz de Castro.

Aún no había cumplido los dieciocho años cuando Jacinta quedó prendida del vecino de un pueblo cercano al suyo llamado El Espinar, provincia de Segovia. Su nombre, Fulgencio de las Heras. Los once años que él era mayor no fueron impedimento para que al poco tiempo de conocerse, confirmaran su amor ante la Iglesia.

Siendo tan sólo una niña, Jacinta tuvo ocho hijos: Elías, Amadeo, Natividad, Justina, Mariano, Bernardino, Ricardín e Inés. Pero, la Guerra Civil y las precariedades médicas de la época, arrebataron la vida a dos jóvenes, Bernardino y Ricardín. No hay dolor más grande para una madre que el perder a un hijo y Jacinta perdió dos. Aún así, su fortaleza y coraje no la hicieron desprenderse de la alegría y el entusiasmo que la caracterizaban.

Para sacar a la familia adelante Fulgencio trabajaba hasta el anochecer como jornalero haciendo tapias de piedra, picando y puliendo el mineral para hacer las fachadas más bonitas del pueblo. A su vez, Jacinta trabajaba como asistente en la casa de la Señora Conchi y su marido. Es en esta casa, cuando Jacinta protagoniza uno de los episodios más relatados y conocidos de su vida.

La Señora Conchi acababa de comprar un gran armario de espejos para su dormitorio y encargó a Jacinta, que en su ausencia, le limpiase el polvo con un plumero. Pero la casualidad hizo que esa misma tarde, en el piso inferior de la casa se inaugurara un Café. Toda la tarde estuvo sonando música, algo que para una amante del baile como Jacinta, fue irresistible. Dos horas y media estuvo bailando sola con el plumero delante del espejo. Así, cuando llegó la Señora el polvo seguía en el armario y al preguntarle Conchi qué había estado haciendo durante ese tiempo, Jacinta sólo respondía: Señora, si yo no he parado. Y era verdad, ella no paró... pero de bailar. Una frase que se fijó en el pueblo como dicho popular.

Y es que en El Espinar no existía mujer tan carismática y dicharachera como Jacinta que, para que todos los vecinos pensaran que desde el amanecer ya había limpiado toda su casa, comenzaba a barrer desde la calle. Así todo el pueblo pensaría que la Señora Jacinta era la más madrugadora y trabajadora del lugar.

Fulgencio era más serio, pero Inés aún recuerda como buscaba cobijo bajo su padre, ya que su madre Jacinta, "era más pegona". Jacinta gastaba bromas a sus vecinos e incluso a su marido. Así delante de las vecinas, Jacinta salía a despedir a su marido para ir a trabajar y cuando éste se alejaba, Jacinta le aclamaba para que se despidiera de ella mediante un beso. Algo que a Fulgencio le hacía sonrojarse de la vergüenza, mientras su mujer no paraba de reír. Y es que el amor que ambos se profesaban era tan grande que no entendía de enfados ni riñas. Un día Fulgencio regresó del trabajo con el pantalón de pana rasgado, al engancharse con una zarza



en la huerta. Al mostrar el descosido a su mujer, ésta le contestó que ella no tenía remiendo para su pantalón. Fulgencio, resignado, contestó que aunque fuera con un trozo de saco, tenía que remendar los pantalones. Y así Jacinta tomó las indicaciones al pie de la letra. Al día siguiente, su marido fue a ponerse los pantalones, cuando notó que el descosido no existía, pero que el remiendo era de una tosca tela de saco del más rudo existente. Fulgencio, con esa vergüenza que le caracterizaba, no se atrevía a asomarse a la calle. Es cuando Jacinta al verle, le preguntó qué le sucedía puesto que ella había hecho lo que él le indicó. Jacinta tiró de la tela de saco y se descubrió que, en realidad, ella había remendado con esmero el descosido de su marido que, con otra tela de pana pasaba desapercibido. Fulgencio se la comía a besos.

Las pasiones de Jacinta eran tanto el baile como el teatro. Así cuando los títeres itinerantes pasaban por el pueblo, Jacinta no se perdía por nada del mundo su actuación. Como su marido llegaba cansado del trabajo, a ella no le importaba ver el espectáculo en soledad. Pero nada más llegar a casa, la emoción que a Jacinta le transmitían los actores, hacía que despertara a Fulgencio para contarle toda la trama. Y es que la paciencia que él tenía con ella no tenía precio.

Aun a pesar de la época, Jacinta sabía leer de maravilla. En su casa reunía a todas las vecinas para escucharla leer los fascículos de tres hojas de la novela *Juan León, el Rey de la Serranía*. Tanta era la interpretación y emoción con la que leía, que hacía llorar a las oyentes. Y es que Jacinta era tan pícaro que no leía al pie de la letra las novelas, sino que inventaba argumentos y finales para dotar de dramatismo al relato. Así, cuando Inés aprendió a leer, descubrió el secreto que hacía popular a su madre en el pueblo: las invenciones de sus historias. A partir de ahí Inés obedeció a su madre y para guardar el misterio se limitó a ver, oír y callar.

Inés vive con el recuerdo de su madre, una mujer carismática por su alegría y picaresca. Y es que por las circunstancias de su vida, Jacinta continuó siendo una niña con una vida adulta al cargo de su marido y sus ocho hijos.

Lo importante de la vida

Con esta frase Inés resume todo el sentido de su vida. Para ella su familia es lo más importante, cuando era pequeña tanto su abuela, padres y hermanos eran el eje central de su vida. Al formar ella misma su familia junto con su marido Leoncio, él, sus hijos y ahora sus nietos son su alegría diaria. El amor a los demás y la amistad es lo que más le ha llenado y le sigue llenando el corazón de satisfacción.

Su vida dividida en etapas como la niñez, la juventud, la madurez y el envejecimiento han tenido su propio encanto. El estar actualmente en la residencia también es una grata experiencia, a la que Inés sabe sacar el mayor provecho y disfrute. Desde aquí, valora mucho más a su familia, a la cual se siente inmensamente agradecida por el amor y el cariño que sus tres hijos, nueras y siete nietos le saben transmitir.